

## Prólogo a Orden social y religión de Cecilia Soler<sup>i</sup>

La cuestión que se plantea Cecilia Soler está en el corazón de toda la historia. Toca la cuestión básica del “orden social” y alude necesariamente –aunque de modo implícito- a su contrario respectivo, el desorden, la manera siempre renovada, silenciosa o ruidosa, del caos.

Claro, la lucha es siempre por el orden, por el que rija o por uno nuevo, que se cree mejor. Todo orden social lleva en la historia las tendencias de su propio desorden. Su propio desorden lo lleva dentro, por sus privaciones o insuficiencias internas, o por el choque externo con otro orden social, que también afronta luchas internas en sus insuficiencias. El orden social tiene que inventarse y reajustarse siempre, so pena de abandonarse al desorden y salir de la historia.

Cuando el desorden de una sociedad se vuelve interno, puede tratarse de un inter-regno, crisis de pasaje de un orden a otro o a la reafirmación del existente. A través de novedades propias que superen el inter-regno.

Esto viene a cuento para evaluar la importancia de la temática de Soler: la religión y el proceso del orden social. La religión cristiana en Occidente (y también en las Indias Orientales y su independencia) fue un aspecto esencial del orden social, pero paulatinamente fue siendo desplazada por un proceso de secularización que la “privatizó” radicalmente dentro de la sociedad liberal. ¿Cómo se procesó esto en sus grandes líneas? ¿Cuál es la situación contemporánea en Occidente? ¿Podemos decir que hay un nuevo replanteo a la vista del conjunto de la cuestión desde el Concilio Vaticano II? ¿Qué caracteres nuevos puede tener la cuestión de la libertad y la verdad?

El abordaje de Cecilia Soler, que es desde una visión sintética de la relación religión-sociedad, tiene un hilo conductor sistemático para todo su enfoque, que son las categorías sociales o subsistemas que abarcan todas las dimensiones básicas de cualquier sociedad. En el caso, es la adopción de la clasificación de Rafael Alvira, de la pluralidad de subsistemas cuyas variantes de relación y posición entre sí, permiten percibir ordenadamente los cambios que se introducen en los sistemas sociales sucesivos. Introducen así claridad en el movimiento histórico. La perspectiva y clasificación de Alvira será el hilo conductor de esta reflexión de Soler. Es una buena guía para preguntarse y ubicar bien el papel que puede tener hoy la religión en nuestras sociedades actuales.

Nuestra actualidad es siempre actualidad “histórica”. Sin lo uno no hay lo otro. ¿Cuál es la actualidad –en relación a esta problemática- de un latinoamericano contemporáneo? ¿Desde qué perspectiva histórica? Desde la historia de Occidente, sin duda. Cuando decimos “Occidente” se trata de uno de los cinco grandes círculos históricos-culturales que hoy confluyen e interactúan en la actual “globalización” de la Tierra. Otros actores que el Occidente cobran día a día más relevancia en el intercambio. Pero todavía el Occidente, en sentido amplio, da el horizonte hegemónico de nuestro tiempo, aunque con plazos que se acortan inexorablemente. En apenas medio siglo más la distinción entre Oriente y Occidente ya no tendrá un sentido decisivo. Pero hoy todavía es así. Y eso legitima una perspectiva “occidentalista”, y más aún por el hecho que América Latina lo integra, como su rostro más dependiente, pobre y desigual. Siempre desde un horizonte problemático “occidental” como etapa accesoria al regreso a sí

mismos. Ese horizonte es el que más nos condiciona, aún sin haber sido sus autores, pero en cierto sentido es “nuestro”. Tal nuestra paradoja constitutiva.

El centro del estudio de Soler son los capítulos I y II. El Capítulo I plantea la cuestión del orden social y la religión, a través del largo recorrido de esa relación desde la ciudad antigua y la erupción del cristianismo, hasta la crisis de la Reforma y los antecedentes básicos de la sociedad liberal y su configuración, desplazando la religión a lo privado. En Capítulo II es donde se exponen las premisas de la dogmática liberal y su relación con la religión privatizada. Esto se completa con la discusión actual del comunitarismo en el mundo anglosajón, que es como una crisis y a la vez reafirmación del liberalismo.

Esto nos lleva finalmente al conflicto interno de la dogmática del propio liberalismo, a través de dos autores contemporáneos de gran significado como Isaiah Berlin y F. Von Hayek. Y aquí Soler desemboca en la cuestión básica: la conexión entre libertad y verdad. Nada más esencial.

El liberalismo clásico tiene a la antinomia de libertad y verdad. Para mí es una antinomia típica del fin de la Cristiandad. Pero ya el Vaticano II muestra a la Iglesia asumiendo y trascendiendo lo mejor de la Reforma y de la Ilustración, replanteando de modo radical la relación libertad-verdad. La Iglesia pone en el Vaticano II al revés la antinomia del liberalismo entre verdad y libertad. Pues es desde la Verdad que la Iglesia afirma la radical libertad de los hombres, en la sociedad política, para asumir o no la verdad que les hará radicalmente libres.

En la historia hay como una fatalidad sociológica. Cuando existe un gran consenso social de valor y sentido sobre alguna cuestión vital, la sociedad hegemónica tiende a sentirse vulnerada y puesta en peligro por la disidencia. Propende a afirmar “su verdad” y a excluir a los “libres” de esa relación. Esto acaece en las sociedades de grandes consensos, vueltos costumbre: sea una sociedad cristiana o cristiandad, sea una “budeidad”, “musulmanidad”, o cualquier otra esencia que le sea importantísima y secularmente compartida. Allí siempre se pone la primacía de lo que la sociedad entiende por “verdad” contra toda “libertad” que la cuestione. La Cristiandad no escapaba a esa propensión sociológica y la Iglesia se volvía así víctima de sí misma, de su éxito secular. Pero esto ya no es más.

El Vaticano II al fin de la Cristiandad, se libera de los vicios de la Cristiandad. Por eso, la Iglesia puede proponer desde sí misma, primero la libertad secular, como condición de acceso a la verdad cristiana. Sin dudar de la verdad e integridad de su misión. Y esto invierte a su vez la problemática del liberalismo, que no requiere el “relativismo de la verdad”, para ser liberal efectivamente. La Iglesia es liberal en cuanto desde sí misma pone a la libertad como acceso a la verdad, que la re-funda.

Así el liberalismo, a la inversa de la Iglesia, debe replantearse nuevamente su relación con la verdad. Sin hacerlo, las consecuencias pueden volverse funestas para la misma sociedad. El relativismo, individualista y hedonista, hoy en plena expansión, es incapaz de fundar por sí ningún orden social. Más bien, señalaría la más extrema descomposición del propio liberalismo.

Esta obra de Cecilia Soler está enraizada en la nueva problemática que el Vaticano II pone a los cristianos (y a los liberales) ante la relación verdad-libertad. Y sin la cual no es posible realizar

un orden social duradero y abierto. Aquí, Cecilia Soler siente la importancia y la necesidad de los nuevos caminos. Y los pone en marcha entre nosotros.

Es así que Soler termina su obra con un luminoso pensamiento orientador: “Si el mundo no viene de un Dios ni es regido por él hasta lo mínimo, significa que no viene de la libertad y que, por eso, la libertad no es una posibilidad en él; el mundo es entonces una serie de mecanismos ciegos, y toda la libertad en él es apariencia. En este sentido, nos encontramos de nuevo con que la libertad y la verdad son inseparables. Si nada podemos saber de Dios ni Dios quiere saber nada de nosotros, no somos libres en creación abierta a la libertad, sino elementos de un sistema de fatalidades donde, incomprensiblemente, el ansia de libertad no quiere extinguirse. La cuestión de Dios es a la vez y solidariamente la cuestión de la verdad y la libertad”.

No podemos sino asumir esa cita del entonces Card. Ratzinger, que es como el hilo de toda esta obra.

---

<sup>i</sup> Prólogo a Cecilia Soler, Orden social y religión, Montevideo, 2006 (inédito).